
PAISAJE SOCIOPOLÍTICO Y BELIGERANCIA EN EL VALLE DE HUALFÍN (CATAMARCA, ARGENTINA)

FEDERICO WYNVELDT

Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

federicowynveldt@ciudad.com.ar.

BÁRBARA BALESTA

Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

bbalesta@ciudad.com.ar.

RESUMEN: En este texto se propone una definición operativa del paisaje, concebido tanto en su materialidad como en su capacidad para significar y direccionar relaciones sociales. Se aplica dicha definición, focalizando sobre la dimensión espacial, al estudio de tres sitios arqueológicos del noroeste argentino para el Período de Desarrollos Regionales (1000-1480)/Inka (1480-1535). A través de la información procedente del paisaje se busca interpretar los aspectos sociopolíticos de las relaciones entre los grupos que habitaron el Valle en un período de conflictividad y beligerancia generalizadas.

ABSTRACT: In this article we propose an operative definition of landscape that includes not only its material aspects but also its capability to signify and direct social relationships. This concept is applied, focusing on the spatial dimension, to the study of three archaeological sites in the Argentinian Northwest, belonging to the Regional Development Period (1000-1480)/Inka (1480-1535). Analyzing information related to the landscape, we interpret sociopolitical aspects concerning the inhabitants of the Hualfin Valley in a period characterized by conflict and warfare.

PALABRAS CLAVE:

Paisaje, dimensión espacial, noroeste argentino, defensibilidad, valle de Hualfín.

KEY WORDS:

Landscape, spacial dimension, Argentinian Northwest, defensibility, Hualfin Valley

PAISAJE SOCIOPOLÍTICO Y BELIGERANCIA EN EL VALLE DE HUALFÍN (CATAMARCA. ARGENTINA)

FEDERICO WYNVELDT
BÁRBARA BALESTA

E

144

■ **L ESTUDIO DEL PAISAJE Y EL ANÁLISIS ESPACIAL** en arqueología se han abordado desde diversas perspectivas teóricas, con resultados muy disímiles. Consecuentemente, las concepciones de espacio, lugar y paisaje, fundamentales hoy día en la investigación arqueológica, varían en un grado considerable. A pesar del uso extendido de estas nociones, muchas veces existe una falta de definiciones explícitas en los estudios que abordan temáticas paisajísticas y/o espaciales, que deriva, no sólo en importantes imprecisiones terminológicas, sino también en el empleo de categorías dotadas “[...] de un valor determinado por nuestro sistema de saber-poder” que “no puede ser utilizado sin más para esbozar reflexiones sobre el espacio en culturas diferentes de la nuestra” (Criado Boado, 1991: 7).

Por otra parte, el discurso espacial ha sido dominado frecuentemente por una concepción sociológica modernista que centra su interés en la dimensión temporal y congela la dimensión espacial (Criado Boado, 1991). Esta visión sesgada del espacio contra el tiempo puede notarse en la biología, a través del evolucionismo, y, sobre todo, en las disciplinas históricas; y lo mismo sucede con las aproximaciones antropológicas y sociológicas a la política (Smith, 2003), que continúan aplicando modelos de evolución del Estado en el tiempo, más que explicando cómo actúan las entidades políticas a través de paisajes, considerados estos como espacios producidos, reproducidos y destruidos a través del tiempo.

En contraste, el surgimiento de las perspectivas orientadas a la práctica de los actores y sus acciones ha conllevado una reconsideración de los lazos entre tiempo y espacio, fundamentalmente a través de los trabajos de Bourdieu (1977)

y Giddens (1984). A partir del surgimiento de estos puntos de vista puede considerarse la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción, reproducción y reforma definidos para un conjunto entretrejado de relaciones políticas.

Considerando críticamente la diversidad de perspectivas acerca de las categorías espaciales y el uso del concepto de paisaje en arqueología, se propone en este artículo avanzar hacia una definición operativa de paisaje. Posteriormente se realiza una aplicación al análisis de tres sitios del valle de Hualfín en el noroeste argentino (NOA) en el Período de Desarrollos Regionales (1000-1480 AD)/ Inka (1480-1535 AD): la Loma de los Antiguos de Azampay, el Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo y la Loma de Ichanga (ver la figura 1). Teniendo en cuenta que los períodos considerados (sobre todo el primero de ellos) han sido caracterizados de manera general como un tiempo de conflictos endémicos en todo el territorio de los Andes centrales y meridionales (Nielsen, 2002 y 2007), el enfoque se centrará en los rasgos y el emplazamiento de sitios adscritos a grupos portadores de la denominada “Cultura Belén” (González, 1955; Sempé, 1999), ubicados mayormente sobre lomadas de difícil acceso, con importantes niveles de visibilidad del entorno.

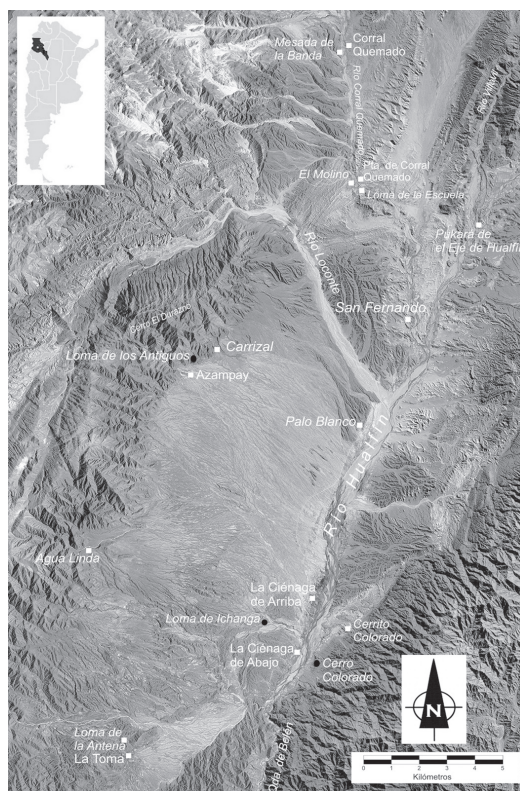


Figura 1. Imagen satelital del valle de Hualfín, señalando los sitios y localidades mencionados en el texto.

LAS CATEGORÍAS ESPACIALES Y EL CONCEPTO DE PAISAJE EN ARQUEOLOGÍA

En función de las imprecisiones terminológicas y de las divergencias teóricas mencionadas más arriba, una breve reseña de las diferentes categorías espaciales empleadas a lo largo la historia de la arqueología, que condujeron a distintas definiciones de paisaje, puede ser un aporte significativo para los estudios arqueológicos de determinados paisajes, espacios y lugares. Estas categorías espaciales –de acuerdo con las diversas perspectivas teóricas adoptadas (explícita o implícitamente) por los distintos autores– son: el espacio ontológico, el espacio subjetivista y el espacio relacional. Las dos primeras se analizan a continuación, seguidas de las críticas que recibieron desde las nuevas corrientes teóricas. Finalmente, se desarrolla la perspectiva relacional y se exponen las definiciones de paisaje desde las posturas más actuales.

EL ESPACIO COMO CATEGORÍA ONTOLÓGICA

Las tradiciones clásicas que dominaron los estudios del espacio desde sus orígenes consideraron a dicho concepto como una categoría absoluta, definida como una entidad objetiva y externa a los humanos que lo habitaron. Sus premisas filosóficas sostienen que el espacio es una clase única de objeto que no cambia a través del tiempo, que es empíricamente incomprendible y que se puede inferir sólo a través de fenómenos observables. Para Criado Boado esta idea se corresponde con la concepción de “espacio capitalista y moderno”, según la cual el espacio es entendido como un problema natural, geográfico, o bien como un mero lugar de residencia y expansión de un pueblo o Estado, reduciéndose a la dimensión de territorio, como el “conjunto de las condiciones materiales de trabajo”; por lo tanto, “se construye un espacio finito, medible y real que es posible parcelar, repartir, expropiar, vender, explotar, destruir” (1991: 8).

Dentro de las perspectivas evolucionistas se pueden distinguir dos corrientes que definen al espacio como categoría absoluta: un “absolutismo mecánico” y un “absolutismo orgánico”. El primero tiene sus orígenes en las tradiciones geográficas del occidente de Europa en el siglo XVIII. Morgan [1975 (1877)], dentro de su esquema evolutivo universal de las sociedades humanas, consideraba a la *forma* como independiente del *lugar* en la historia. Las dimensiones relacionadas con la *forma espacial*, como la arquitectura, servían para marcar cada etapa evolutiva. Desde la geografía cuantitativa de los años 50 se formularon principios físicos universales para definir la regularidad espacial (Berry y Pred, 1965). El evolucionismo social de esos tiempos construyó una teoría del tiempo, de la forma y de la dirección de la historia, basado en la reducción del espacio a una constante social, con

influencias en distintos trabajos de neoevolucionistas y en aplicaciones de la teoría de la localización.

El “absolutismo orgánico”, por otra parte, si bien también supone la separación del espacio objetivo de los efectos sociales, considera que son las leyes orgánicas, mediatizadas a través de ambientes locales y regionales, las que afectan el proceso del cambio social, y no las mecánicas. El ambientalismo constituye una forma de absolutismo orgánico de gran influencia en la teorización sobre el espacio y el tiempo. Enraizada en la ecología cultural, esta perspectiva pone énfasis en la capacidad del mundo natural para modelar y restringir la evolución social.

Por otra parte, Childe [1973 (1951)] introdujo la idea de que la variación ambiental en el espacio podía tener impacto en el desarrollo de una sociedad, sobre todo en lo referente a la distribución desigual de los recursos en la promoción o el retardo histórico a través de las etapas de la revolución productiva.

Para los ecologistas históricos (Stewart, 1972) las condiciones locales (topografía, clima, hidrología) constituían las bases para comprender la variación de las formas espaciales. A diferencia de los mecanicistas, que se basaban en presunciones conductuales para trasladar las leyes espaciales a formas geométricas, los organicistas empleaban el concepto de adaptación para definir las relaciones entre forma y naturaleza.

Lo que une a todas estas aproximaciones es la convicción de que las circunstancias materiales de la interacción entre humanos y ambiente dirigen la evolución social y determinan las dimensiones espaciales de la vida social.

EL ESPACIO SUBJETIVISTA

Las perspectivas que han buscado diferenciarse de las concepciones ontologistas del espacio corresponden a visiones historicistas y subjetivistas. Para los historicistas la significación sociohistórica de los acontecimientos no yace en la interacción de los grupos humanos con un dominio exterior de leyes naturales, sino en la significación que las acciones tienen para los individuos. La ontología subjetivista del espacio se fundamenta en la obra de Kant [1951 (1781)], quien localiza la intuición espacial en el aparato cognitivo individual de los sujetos. Existen dos tendencias en los estudios historicistas-subjetivistas: *un historicismo o subjetivismo romántico*, que surgió del anticuarismo y la hermenéutica bíblica, y un neohistoricismo o *neosubjetivismo renacentista*, que se apoya en las teorías comunicativas o semióticas y fenomenológicas.

Para el *subjetivismo romántico*, cuyos fundamentos se desarrollaron en el siglo XIX, las formas espaciales y la arquitectura se interpretan como expresiones de un genio único de individuos, culturas, grupos sociales, etc. Las críticas a esta corriente apuntan a la idea de que se asume una relación

directa entre gente y lugar, mientras que en la actualidad estas relaciones se entienden como producciones sociales y políticas (Smith, 2003). Estos análisis se inclinan más a la arquitectura monumental y la organización urbana, que gozarían de expresividad, frente a la arquitectura doméstica y los patrones de asentamiento, que carecerían de ella.

La segunda corriente, denominada *neosubjetivismo*, comprende dos tendencias: una tradición comunicativa, que argumenta que las formas espaciales aparecen como un modo de expresión no verbal, y una aproximación fenomenológica, que interpreta los ambientes creados como expresiones de sistemas culturales de creencias o cosmología.

Desde la sintaxis espacial, Hillier y Hanson (1984) proponen la existencia de una gramática universal humana de unidades espaciales, capaces de generar un repertorio espacial completo. Sus técnicas han resultado muy atractivas para algunos arqueólogos, ya que proponen un modo relativamente simple de cuantificar relaciones espaciales que se pueden usar para interpretar o inferir interacciones sociales, aplicándose tanto a construcciones parciales como a asentamientos completos.

Desde las perspectivas comunicativas, el espacio no sólo expresa una estética, sino que también transmite información sobre sí y sobre el mundo social en el cual está inmerso. El espacio es un medio que descansa sobre facultades cognitivas compartidas para codificar y decodificar lo que algunos autores han denominado como “la retórica arquitectónica” (Hattenhauer, 1984).

La propuesta de Rapoport (1978) se basa en los conceptos de ambiente construido y organización espacial, partiendo de una definición no absoluta del espacio, según la cual el ambiente construido proporciona índices para el comportamiento y, por tanto, puede ser considerado como una forma de comunicación no verbal.

También desde la geografía cultural y de la arquitectura del paisaje se ha aplicado este concepto de *ambiente construido*, que se asocia a la modificación de la superficie terrestre por medio de la construcción de instalaciones (casas, calles, plazas, templos), y explora las formas en que este restringe o aumenta la interacción social (Cosgrove, 1984; Jackson, 1984; Norton, 1989; Roberts, 1996; Tuan, 1977).

La tendencia fenomenológica del *neosubjetivismo* sugiere que las formas espaciales se pueden entender como representaciones de sistemas de pensamientos, creencias o visiones del mundo. El espacio no se define por la geometría de las formas, sino que se configura en una experiencia sensorial en la cual la percepción se integra con valores culturales.

A diferencia de las aproximaciones comunicativas o semióticas, que decodifican el espacio como una serie de signos, los fenomenologistas se propo-

nen ir más allá del signo, para revelar la vida social en toda su riqueza. Estas visiones intentan construir lazos entre la forma espacial y la imaginación, mediados por la experiencia sensible.

OBSERVACIONES Y CRÍTICAS A LOS ENFOQUES ABSOLUTISTAS Y SUBJETIVISTAS DEL ESPACIO

Son innumerables las críticas realizadas al enfoque del espacio absoluto. Una de ellas apunta a la tendencia a encontrar regularidades en la distribución de todos los asentamientos, sin considerar cuestiones relativas al poder. Por otra parte, la “teoría de la localización” asume siempre la primacía de los factores económicos en las tomas de decisiones, ignorando los aspectos políticos inherentes a dichas decisiones.

La ontología mecánica desplaza el análisis espacial de lugares reales a un plano geométrico idealizado y abstracto considerando relevantes sólo dos dimensiones espaciales: distancia y tamaño.

Más allá de algunas diferencias, todos los enfoques evolucionistas comparten el fundamento de que la evolución social se dirige de formas simples de asociación a sociedades más complejas, mayores en escala y con una estructura interna más diferenciada. También se acepta que la evolución social puede variar en su ritmo en distintas partes del mundo, pero la forma y los mecanismos son universales e independientes de la variación espacial y de la acción humana. Por otra parte, se aduce que los determinantes principales de la transformación social corresponden a las dimensiones materiales de la vida (adaptación, relaciones de producción, demografía) que modelan las particularidades no recurrentes, como el pensamiento, las creencias y las ejecuciones, permitiendo enfocar el análisis en el surgimiento y caída de un conjunto de tipos sociales, agrupados de acuerdo con sus condiciones materiales de existencia, a pesar de la amplia variabilidad registrada en las expresiones culturales.

Las concepciones subjetivistas incorporaron al análisis del espacio otras dimensiones diferentes a la estrictamente material, teniendo en cuenta los lazos entre diferencias culturales y formales y explicando cómo distintos pueblos construyen diversas formas de vida. Sin embargo, estas aproximaciones no proporcionan información acerca de cómo los espacios son imbuidos de significado, y tampoco toman en cuenta la organización social de la producción y los aspectos económicos involucrados en la construcción de esos espacios. Por otro lado, estas posturas suelen olvidar la materialidad del espacio, así como su capacidad para significar, restringir, direccionar y ordenar relaciones físicas y sociales, ignorando el papel que desempeña el poder en la construcción del espacio social (Smith, 2003).

Las aproximaciones fenomenológicas, por su parte, asumen una estabilidad en las respuestas afectivas de los sujetos o en el ambiente mismo, de tal modo que ciertos ambientes ya vienen cargados con significados culturales específicos (Smith, 2003); consecuentemente, el significado ligado al paisaje parece mantenerse inmutable, excluyéndose la consideración de los diversos intereses presentes en las configuraciones particulares de cada ambiente.

A partir de las dos concepciones tradicionales y opuestas del espacio, visto como una categoría absoluta, por un lado, y subjetiva, por el otro, se han formulado distintas ideas del *paisaje* en arqueología. Desde el absolutismo espacial se lo ha conceptualizado, por ejemplo, como sinónimo de “medio ambiente”, de “patrón de asentamiento”, factible de ser estudiado a través de la observación (Anshuetz *et al.*, 2001), o como un conjunto de fuerzas impersonales que modelan la existencia humana (Braudel, 1972), apuntando a la aplicación de enfoques cuantitativos.

Por su parte, Patterson (1994), desde el neomarxismo, establece que las sociedades con diferentes modos de producción dejan distintas marcas paisajísticas, restableciendo una noción evolucionista social, según la cual los seres humanos incrementan progresivamente su control sobre la naturaleza cuanto más aumenta la complejidad de sus relaciones de poder.

Los enfoques postmodernos, más próximos a las posiciones subjetivistas, hacen hincapié más en la influencia que ejercen los procesos socioculturales y políticos en el modelado del paisaje, que en las relaciones entre las personas y el contexto de su medio ambiente específico.

EL ESPACIO RELACIONAL Y LAS NUEVAS POSTURAS SOBRE EL PAISAJE

Las nuevas perspectivas teóricas sobre el paisaje han considerado necesario explicitar el concepto mismo de espacio, con el fin de evitar aquello que Criado Boado (1991) mencionaba en la cita al comienzo de este trabajo: la extrapolación de los propios valores espaciales.

En este sentido, Zedeño (2000) propone un concepto de espacio relacional basado en la localización, las características y el orden de cada objeto en relación con todos los otros. Es una idea de espacio no esencialista, creado a partir de la interacción de la gente entre sí y con el mundo material, que deviene en una categoría de la cultura material a la que denomina *landmark* (punto de referencia), en virtud de su transformación a través de la acción humana.

Los paisajes, por otra parte, contienen las dimensiones espacial, histórica y social de las relaciones hombre-naturaleza. El paisaje puede ser definido como una red de interacciones entre la gente y los puntos de referencia, los cuales se ligan progresivamente entre sí, formando un agregado. Ese agregado, sin

embargo, no es simplemente una suma sino una red. Como tal, el paisaje puede ser caracterizado por poseer tres dimensiones básicas: 1) formal: las características físicas de los puntos de referencia; 2) relacional: los lazos interactivos (económico, social, ritual) que a través del movimiento de la gente conectan puntos de referencia entre sí; y 3) histórica: los lazos secuenciales que resultan de los usos sucesivos de los lugares. En un proceso interactivo los paisajes no son sólo un producto de la conducta humana, sino que también definen y restringen la conducta humana.

Según esta visión espacial, histórica y social, los límites de estos paisajes no existen espacialmente, por lo cual existen también “paisajes míticos” y un conocimiento de posibles lugares y recursos disponibles más allá de su red interactiva. Este conocimiento informa sobre una serie de conductas de uso de la tierra, tales como decisiones de migración, mantenimiento de derechos de propiedad sobre lugares y recursos distantes o ejercicios de conocimiento y acceso basados en relaciones de poder.

A partir de esta base teórica, Zedeño propone una metodología que denomina “cartografía conductual”, basada en la reconstrucción de secuencias de actividades e interacciones que guían a la integración de múltiples elementos humanos y naturales. La “caracterización contextual del paisaje” comienza en un punto de referencia específico y progresivamente reconstruye lazos formales, relacionales e históricos con otros puntos de referencia.

Otra propuesta relacional del espacio es la de Adam Smith (2003), quien desarrolla su postura de los “paisajes políticos” y sostiene que las discusiones sobre el concepto de espacio se deben centrar en las relaciones entre sujeto y objeto en términos de prácticas sociales, más que en las propiedades esenciales de cada uno. Desligándose del “espacio constante” de los absolutistas, Smith propone una posición relacional para entender el espacio como inmerso únicamente en el reino práctico de lo social, adoptando como ley la idea de Lefebvre: el espacio (social) es un producto (social).

Desde su perspectiva, sostiene que no todos los individuos tienen la misma capacidad para comprometerse en la producción de los espacios en el nivel de la experiencia o de la percepción y que existe una desigualdad en la producción de significados adjudicados a espacios particulares. Por consiguiente, si no todos pueden producir paisajes, hay por definición una disparidad de poder.

Toma el concepto de *agency* de Giddens y considera que lo relevante es cómo la acción se estructura en los contextos cotidianos y cómo las características estructurales de la acción son reproducidas por la misma ejecución de la acción. Concibiendo al espacio como un conjunto de relaciones que se establecen dentro de prácticas sociales, sugiere que los planteamientos deben ir más allá de la descripción formal. Las tres dimensiones prácticas del paisa-

je son: el espacio físico del ambiente, el espacio percibido de los sentidos y el espacio representacional de la imaginación, como dominios interconectados de la vida social.

La experiencia espacial (prácticas materiales) describe el flujo de cuerpos y cosas a través del espacio físico. Comprende no sólo el movimiento a través de espacios terminados sino también las técnicas (o procedimientos) y tecnologías (o conocimientos) de la construcción.

La percepción espacial describe la interacción sensorial entre actores y espacios físicos. Es un espacio de signos, señales, claves y códigos, que intenta superar las teorías subjetivistas de la comunicación aclarando que esta no se debe reducir a un sistema de codificaciones y decodificaciones. Considera al espacio evocador como un dominio analítico en el que los términos afectivos describen interacciones entre los seres humanos y su ambiente, superando las tendencias fenomenológicas.

Mientras que la percepción espacial se mantiene ligada a la forma, la imaginación espacial surge enteramente en los discursos sobre el espacio, como los correspondientes al dominio analítico de las representaciones, desde mapas y paisajes pictóricos hasta la teoría y la filosofía espacial.

Smith descompone el concepto de espacio en elementos analíticos y sugiere la necesidad de dar unidad a la experiencia, la percepción y la imaginación en la práctica espacial, a partir del concepto de paisaje. Afirma que los paisajes no son simplemente expresiones de organización política: son, en sí mismos, orden político; por lo tanto, ninguna noción de paisaje puede sostener un concepto apolítico de espacio.

El objetivo principal que Smith propone para su estudio es comprender cómo funcionan las relaciones políticas a través de los paisajes; porque si el espacio no sólo es prioritario en las relaciones políticas, sino que es creado por ellas, se debe examinar a los espacios como actos políticos, a la vez que se debe describir a la autoridad en términos de los espacios que congrega.

A pesar de las similitudes con relación a las críticas y definiciones de los conceptos de espacio y lugar de Smith y Zedeño –y de la afinidad entre ambos en cuanto a la noción de paisaje, entendida como una red de relaciones entre objetos, lugares o puntos de referencia–, existen algunas diferencias tanto teóricas como metodológicas entre ambos, que creemos necesario destacar. Mientras que la postura de Zedeño no hace un énfasis en las bases políticas de los paisajes, sino que más bien las relaciones de poder son un factor más en sus configuraciones, para Smith estas constituyen un aspecto primordial: los paisajes y los espacios existen a través de las relaciones políticas y son creados por ellas. Por ello no existen paisajes sin política y, en consecuencia, los paisajes no pueden entenderse si no se abordan los aspectos políticos de las sociedades que los produjeron y reprodujeron.

HACIA UNA DEFINICIÓN OPERATIVA DEL PAISAJE

Como ya se ha reseñado, las concepciones teóricas más actualizadas tienen en cuenta diversos aspectos para la formulación de las definiciones de conceptos como “paisaje”, “espacio”, “lugar”, etc. Dichos aspectos se refieren a la interrelación de los grupos humanos entre sí y con respecto a los espacios físicos que habitan.

Tomando como base estas últimas corrientes teóricas, planteamos cómo definir el paisaje y cómo operar dicha definición, a fin de aplicarla al análisis de tres sitios del valle de Hualfín, en el noroeste argentino. En tal sentido, se considera que la definición de paisaje deberá tener en cuenta tres dimensiones: espacial, temporal y social. La dimensión espacial del paisaje podrá comprender indicadores tales como el emplazamiento del sitio, su topografía, visibilidad, cantidad y particularidades de los recintos, su distribución, la superficie de los mismos, su comunicación con el exterior y con otros recintos, los materiales utilizados en su construcción y las técnicas constructivas implementadas. La dimensión temporal incluye los indicadores que proporcionan cronologías absolutas y/o relativas de los sitios. Por último, la dimensión social podrá considerar los artefactos hallados en los sitios, su cantidad, su distribución, los materiales empleados en su manufactura, la calidad, características, ubicaciones relativas y condiciones de depositación.

En esta propuesta, y por razones de espacio, se analizará sólo la dimensión espacial, focalizándonos en ciertos indicadores de dicha dimensión presentes en los sitios seleccionados. A través del análisis se busca interpretar la información procedente del paisaje, teniendo en cuenta la materialidad del espacio y también su capacidad para significar, expresar y direccionar relaciones sociopolíticas entre los grupos.

EL PERÍODO DE DESARROLLOS REGIONALES/INKA Y LOS SITIOS DEFENSIVOS EN EL VALLE DE HUALFÍN

El Período de Desarrollos Regionales tuvo lugar en el noroeste argentino entre 1000 y 1480 AD (Núñez Regueiro, 1974). El mismo se caracterizó por el incremento del desarrollo agrícola a través de la implementación de sistemas de irrigación artificiales y del uso intensivo de las tierras para la explotación agrícola. Esto implicó un incremento demográfico, la concentración de las poblaciones y la configuración de organizaciones políticas más complejas que en períodos anteriores, que conformaron “verdaderos señoríos que tienden a expandir sus fronteras territoriales y su dominio efectivo sobre la tierra y sus recursos” (Núñez Regueiro, 1974: 183).

Se argumenta que durante esta época –como consecuencia del crecimiento demográfico, del desarrollo de la territorialidad y, posiblemente, de

un cambio climático (*v.g.*, sequías extremas en vastas regiones del altiplano) que generó una presión poblacional hacia los valles mesotérmicos (Nielsen, 2002 y 2007; Torres-Rouff *et al.*, 2005; Rothhammer y Santoro, 2001)– cobra importancia la guerra por la exclusividad en la explotación de nichos ecológicos. Aparecen entonces las fortificaciones, que también pueden haber cumplido un rol importante como respuesta defensiva a las presiones y ataques de los grupos nómadas y seminómadas del oriente (González, 1979; Núñez Regueiro, 1974).

A partir de la segunda mitad del siglo XV, gran parte del noroeste argentino fue incorporado al Tawantinsuyu. En esta área, y como producto de dicha anexión, gran parte de las evidencias arqueológicas muestra transformaciones en los modos de vida locales. Del mismo modo que sucedió en otras regiones, el dominio inkaico estableció estrategias particulares para cada caso, ya fuera en cuanto a la explotación de recursos y mano de obra como en cuanto a las características geográficas y el desarrollo político de cada pueblo. El NOA (Noroeste Argentino) fue incorporado a la red vial inkaica, a lo largo de la cual se establecieron guarniciones militares y centros administrativos y de almacenamiento; algunos de estos centros también operaron como productores de bienes artesanales. Por otra parte, los inkas también se establecieron sobre poblados preexistentes.

En el valle de Hualfín del NOA, ubicado en el centro de la provincia de Catamarca (ver la figura 1), el Período de Desarrollos Regionales se manifestó en grupos asentados en todo el valle en diversos ambientes, portadores de la denominada “Cultura Belén”, conocida principalmente por la cerámica Belén Negro sobre Rojo. Gran parte de los sitios de habitación se hallaban sobre lomadas de difícil acceso protegidas muchas de ellas por murallas defensivas, con diferentes cantidades de recintos, así como distintos grados de aglomeración. Ejemplos de este tipo de asentamiento son la Mesada de la Banda de Corral Quemado, El Molino y la Loma de la Escuela en Puerta de Corral Quemado, el Pukará del Eje de Hualfín, las lomadas de Palo Blanco y San Fernando, el Cerrito Colorado de La Ciénaga de Arriba, la Loma de la Antena en La Toma, entre muchos otros, además de los tres sitios incluidos en este artículo. Por otra parte, existen sitios conformados por estructuras dispersas emplazadas entre los campos de cultivo sobre el piedemonte que desciende de la ladera occidental del valle, como los andenes de Carrizal, Azampay y Agua Linda, o en las terrazas de distintos cursos de agua, como el propio río Hualfín, el Corral Quemado o el Ichanga, entre otros. Entre los materiales hallados en los sitios de ocupación, además de la cerámica Belén, se han encontrado grandes cantidades de cerámica ordinaria con distintas evidencias de utilización, puntas de

proyector de obsidiana y de hueso, distintos tipos de objetos líticos de mollienda, restos arqueofaunísticos de camélidos, cérvidos, pumas y roedores, cuentas de collar de malaquita, postes y vainas de algarrobo, semillas de maní, marlos de maíz, etc. (González y Pérez, 1968; Balesta y Zagorodny, 1999; Wynveldt, 2007).

Los aspectos cronológicos en los sitios analizados permitieron establecer una ocupación de los mismos desde comienzos del Período de Desarrollos Regionales, que se prolonga durante la conquista inkaica¹. No obstante, hasta el momento no se han hallado en estos sitios evidencias directas de la presencia inka, ya sea en cuanto al manejo del espacio, la modalidad constructiva o los artefactos. Dicha situación contrasta con la detección de tales evidencias en otros sitios del Valle, como el Pukara de Hualfín, Quillay o El Shincal. Esto ha llevado a sugerir que una variedad de reacciones de las distintas facciones de poder de los grupos Belén frente a las imposiciones inkaicas y las consecuentes reacciones de estos últimos haya generado variabilidad en cuanto a los tipos de relaciones sociales y de poder, manifestados de distintas maneras en las evidencias arqueológicas; esto ha permitido en algunos casos interpretar influencias, intercambios, dominación o resistencia (Wynveldt, 2007).

INDICADORES ESPACIALES Y DEFENSIVOS

Para el análisis de los tres sitios seleccionados se tendrán en cuenta los siguientes indicadores espaciales: topografía, modo de emplazamiento, cantidad de estructuras, comunicación de las mismas entre sí y con el exterior, circulación intrasitio, presencia/ausencia de barreras para el acceso y visibilidad. A través de la identificación y caracterización de estos indicadores se buscará realizar interpretaciones sobre las relaciones sociopolíticas entre los pobladores de los sitios Belén analizados.

Considerando el contexto de beligerancia propio del Período de Desarrollos Regionales, los aspectos espaciales relacionados con la defensibilidad de los sitios –definida como el grado en que un sitio es capaz de protegerse o resistir un ataque (Borgstede y Mathieu, 2007)– adquieren gran relevancia. Por lo tanto, la interpretación de los indicadores espaciales relacionados directamente con la defensibilidad de los sitios merece un tratamiento particular.

1. Si bien las dataciones radiocarbónicas realizadas entre 1959 y 1985 para contextos Belén en el valle de Hualfín (González y Cowgill, 1975; Sempé y Pérez Meroni, 1988) abarcan todo el espectro temporal desde comienzos del Período de Desarrollos Regionales hasta momentos históricos, las nuevas mediciones radiocarbónicas apuntan exclusivamente a ocupaciones tardías, próximas a la conquista inkaica. Este dato es relevante teniendo en cuenta que los primeros fechados pueden discutirse por diversas razones experimentales y de extracción de las muestras (Wynveldt, 2007).

Desde las perspectivas arqueológicas y antropológicas clásicas sobre la guerra existió históricamente una conceptualización occidental que distinguía una modalidad de “guerra primitiva” –cuyas causas eran simples motivaciones personales o de solidaridad grupal que se expresaban en enfrentamientos de poca importancia–, frente a la “guerra real”, “racional” y “práctica”, con objetivos económicos y políticos (Keeley, 1996). Esta visión restringida del concepto de “guerra real” derivó en la búsqueda de indicadores bélicos que permitieran inequívocamente identificar un asentamiento como defensivo o militar, de acuerdo con los cánones occidentales (Arkush y Stanish, 2005). Para el caso particular de la arquitectura, los rasgos estaban constituidos por murallas completas de gran altura, torres, torreones, troneras, parapetos y fosas, además de la proximidad de los asentamientos a fuentes de agua y ciertas características naturales de la topografía, como el emplazamiento en lugares con acceso restringido.

Las nuevas perspectivas en arqueología consideran la guerra desde un punto de vista mucho más amplio, que puede ocurrir a muy diferentes escalas, incluida cualquier forma de confrontación planificada entre grupos organizados de combatientes que comparten, o creen compartir, intereses comunes (Webster, 2000), generando en los grupos que se sienten amenazados un estado de inseguridad (LeBlanc, 1999).

Desde estas visiones más modernas se acepta que la presencia de varios de los rasgos factibles de interpretar como indicadores de guerra, violencia y conflictos, sobre todo identificables contextualmente en el nivel regional, debe ser considerada como una señal clara de belicosidad (Arkush y Stanish, 2005; Borgstede y Mathieu, 2007; Elliot, 2005; LeBlanc, 1999). Por lo tanto, es en función de la situación general de la ubicación y emplazamiento de un sitio, y en su relación con el entorno y con otros sitios, que su rol puede (o no) relacionarse con un sistema defensivo mayor en una situación de guerra.

Partiendo de estas premisas, se consideraron las siguientes características espaciales mínimas para la interpretación de un sitio como de carácter defensivo: emplazamiento en altura, diferencias de elevación entre los distintos sectores, existencia de barreras, tanto naturales (cuerpos de agua, cárcavas, riscos, etc.) como artificiales (murallas de circunvalación, sistemas de muros múltiples, barreras de carácter percedero o móviles, como plantas, barro, troncos), y un alto grado de visibilidad (campo visual que desde un sitio particular puede obtenerse del entorno). Además de estos indicadores mínimos, pueden observarse también los siguientes rasgos defensivos: entradas diseñadas defensivamente (accesos y circulación intrasitio restringidos), ángulos en murallas, parapetos, la identificación de posibles puestos de observación y la presencia de terrazas o plataformas.

LA DIMENSIÓN ESPACIAL DEL PAISAJE. ANÁLISIS DE LOS SITIOS

Los tres sitios incluidos en el análisis, localizados en la figura 1, son: la Loma de los Antiguos de Azampay, el Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo y la Loma de Ichanga.

El primero de ellos, la Loma de los Antiguos, se ubica en las coordenadas 27° 20' 23,7" S y 67° 03' 25,7" W, y se trata de un poblado fortificado, emplazado en la cima de una lomada a 200 m sobre el terreno circundante (ver la figura 2). Está rodeado de varias murallas de circunvalación y el acceso a la cima se realiza actualmente por una senda ubicada en la ladera sur. En sus flancos E, N y O las laderas son fuertemente abruptas y de acceso muy dificultoso. En la cima se registran irregularidades topográficas, que generaron diferencias tanto en la altitud de los conjuntos de recintos emplazados como en su disposición y construcción.

La fortificación del poblado consiste en murallas concéntricas de circunvalación con puertas intercaladas. Los recintos, en un número de 43, conforman agrupaciones de ocho conjuntos con características diferenciales, no sólo en cuanto a la cantidad de recintos asociados, sino también en relación con su comunicación interna y con los espacios externos. Seis conjuntos proyectan sus puertas de salida a espacios abiertos, mientras que los dos restantes (Conjuntos V y VI, más el recinto 45) desembocan a su vez en un espacio o "patio" central relativamente circunscrito y llano (ver la figura 3).

La planificación intrasitio genera modos específicos de circulación complicados para quien no conoce el circuito; las entradas son angostas y no permiten el paso de más de un individuo. La agrupación más concentrada y más elevada del sitio, que presenta un patio central, es la de más difícil



Figura 2. Plano de la Loma de los Antiguos de Azampay.

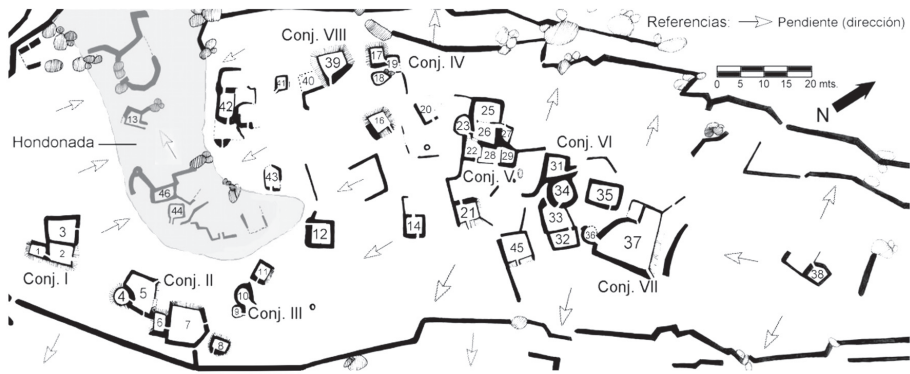


Figura 3. Detalle de los conjuntos arquitectónicos de la Loma de los Antiguos.

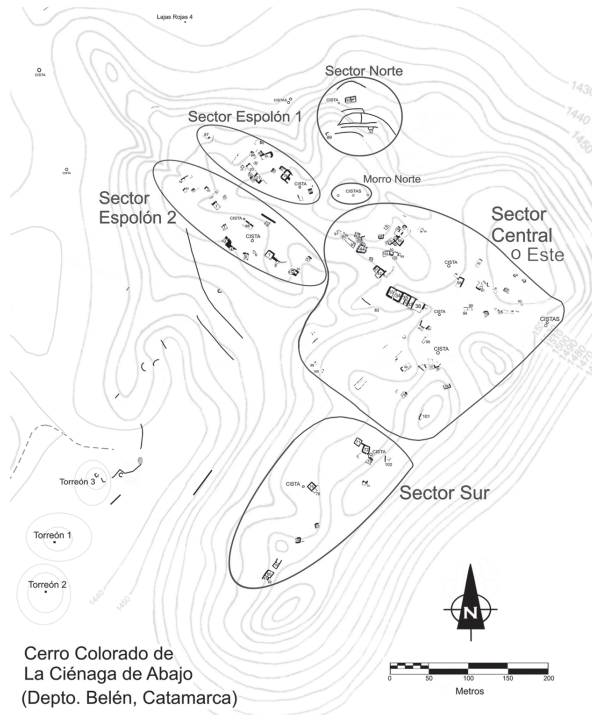


Figura 4. Plano del Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo, indicando los sectores que lo componen.

acceso, con una localización que permite controlar la entrada al conjunto. El juego de accesos y barreras dirige y controla el movimiento dentro del sitio. Por otra parte, las habitaciones cercanas a las laderas permiten observar si alguien se aproxima.

El segundo ejemplo está constituido por el Cerro Colorado (ver la figura 4), situado en la localidad de La Ciénaga de Abajo, en las coordenadas 27° 31' 38,8" S y 66° 58' 14,6" W, con 150 m de altura.

El mismo exhibe grandes irregularidades en su topografía que hacen difícil su acceso por todos los sectores. No obstante, a pesar de su irregularidad, las laderas occidentales resultan más accesibles, ya que por ellas descienden varios espolones alargados que permiten circular con más facilidad. Posiblemente esta relativa accesibilidad llevó a la construcción de las murallas defensivas localizadas sobre este flanco del sitio (ver la figura 5), conformado por más de 100 recintos y decenas de estructuras de piedra (muros, murallas y cistas funerarias).

Los recintos se hallan agrupados en 18 conjuntos de estructuras contiguas más varios recintos aislados y distribuidos en cinco sectores separados, con materiales de construcción diferentes y con características morfológicas distintivas. En distintos sectores y a diferentes cotas existen muros de protección, parapetos y plataformas. La circulación tanto para el ascenso al sitio como para el pasaje entre los distintos sectores resulta complicada e implica una movilidad entre diferentes alturas. En este sentido, la planificación intrasitio potencia el efecto del emplazamiento, dado de modo natural a partir de su topografía. No se registran espacios centrales grandes, pero algunos recintos se abren a un espacio plano y amplio que pudo haber servido para la realización de actividades diurnas (ver la figura 6).



Figura 5. Una de las varias murallas defensivas, ubicada en la ladera occidental del Cerro Colorado.

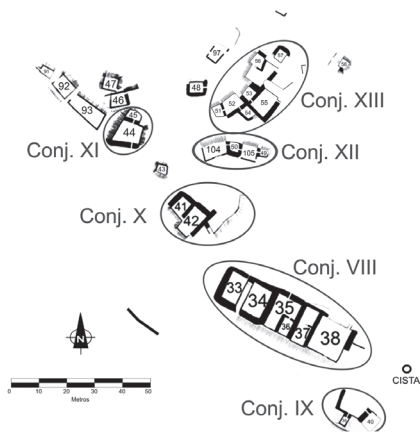


Figura 6. Recintos y conjuntos más concentrados, correspondientes al sector central del Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo.

160



Figura 7. Vista de la senda de acceso a la Loma de Ichanga, en el extremo este del sitio.

Finalmente, la Loma de Ichanga (ver la figura 7) se encuentra en la confluencia de los ríos Ichanga y La Calera, ambos de curso transitorio. Sus coordenadas son 27° 29' 59,2" S; 67° 00' 25,8" W, y se halla a una altura de 1.515 msnm, localizada sobre una lomada plana o mesada con una altura de 50 m. A la cima se accede por una senda muy empinada ubicada en el extremo oriental de la lomada, donde confluyen ambos ríos (ver la figura 7). Las laderas hacia el oeste y el noroeste son inaccesibles.

Las estructuras en su cima comprenden 15 recintos de piedra de forma cuadrangular. Su distribución muestra un sector más concentrado, próximo a la senda de acceso actual, que comprende diez estructuras (ver la figura 8); siguiendo hacia el oeste, los recintos se encuentran más dispersos; luego, la línea de la cima se angosta y continúa hacia los sectores NW y N, donde no hay más estructuras. Cinco estructuras se distribuyen en las proximidades del borde de la ladera nororiental, mientras que el resto se emplaza más hacia el centro de la lomada. Se registran sólo dos recintos agrupados.

En general, la construcción de los recintos de la Loma de Ichanga se realizó con una base de grandes bloques y lajas apoyadas sobre el piso y rocas redondeadas pequeñas colocadas por encima. La mayor parte de las paredes son simples, existiendo muy pocas en la modalidad de pared doble con relleno de tierra.

En los tres sitios la selección de los materiales utilizados en la construcción de los recintos habitacionales y otras estructuras arquitectónicas estuvo supeditada a la oferta de materia prima inmediata a los sitios.

LA RECONSTRUCCIÓN ESPACIAL DE UN PAISAJE DE CONFLICTOS

A través del análisis del emplazamiento y la topografía se detectaron dificultades para el ascenso en los tres sitios; en Cerro Colorado existe también una barrera representada por el río Hualfín y sus barrancas, mientras que en

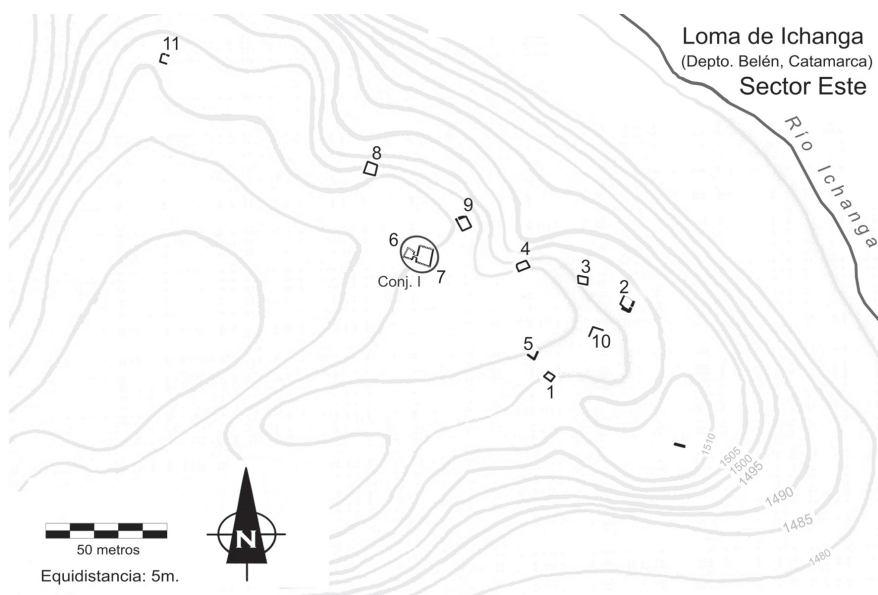


Figura 8. Plano de la Loma de Ichanga. Sector este.

Loma de Ichanga la dificultad en el acceso se potenciaría, en épocas de creciente, por la confluencia de los ríos Ichanga y La Calera.

La interacción entre distintos tipos de barreras nos muestra que los pobladores de los sitios planificaron la instalación de los mismos.

La visibilidad implica tanto estructuras construidas como características del paisaje, que condicionan hacia y hasta dónde se puede ver desde un sitio, y generalmente incluye lugares elevados (Borgstede y Mathieu, 2007). En todos los casos analizados se registra buena visibilidad hacia los distintos puntos del Valle (ver la figura 9). Sin embargo, resulta particular el caso de la Loma de Ichanga, que permite visualizar las localidades en todas direcciones desde un punto ubicado no en una lomada de gran altura ni en las laderas de los cerros, donde se emplaza la mayoría de los sitios fortificados, sino en medio del campo y a una altura relativamente baja (ver la figura 10). Las localizaciones de los sitios proveían ciertos campos y líneas de visión en direcciones de donde pueden provenir ataques. Las relaciones de los sitios entre sí pueden haber proporcionado apoyos para defensas mutuas, ya que complementan líneas de visión.

162

La sola presencia de los muros de protección en el Cerro Colorado debió de representar un factor disuasivo, mientras que desde el interior era posible visualizar la presencia y desplazamiento de extraños a distancias considerables, y permitían defenderse en caso de ataque.

La planificación intrasitio hizo posible controlar entradas y direccionar potenciales ataques. La existencia de entradas múltiples, como en el caso de la Loma de los Antiguos, parecería, en primera instancia, facilitar el acceso a los atacantes; sin embargo, la posibilidad de ingresar y circular fácilmente en el espacio intrasitio debió de estar condicionada por el desconocimiento

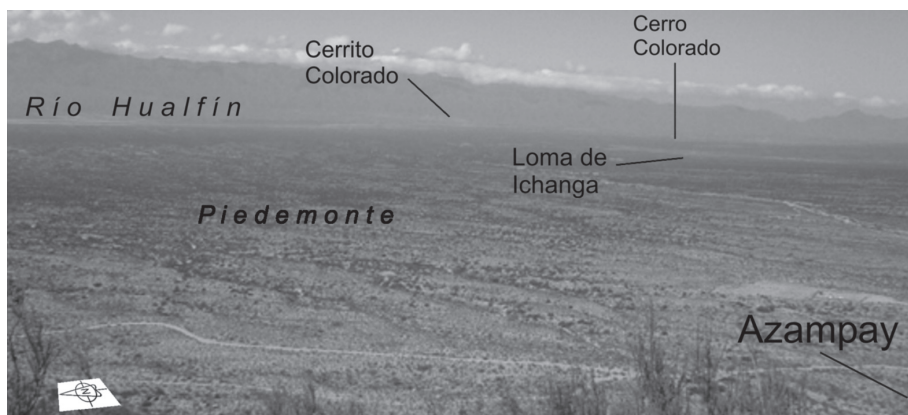


Figura 9. Vista hacia el SE desde la Loma de los Antiguos de Azampay.

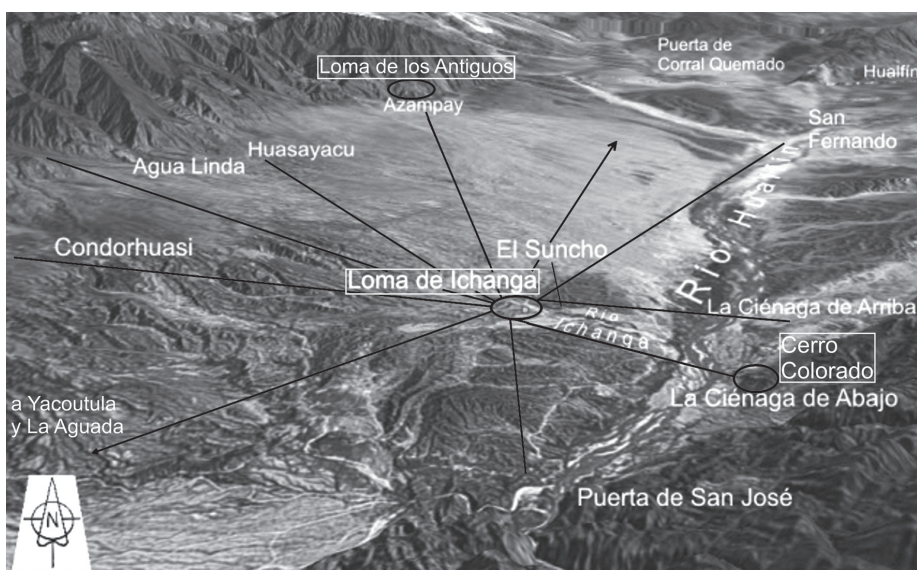


Figura 10. Visibilidad obtenida desde la Loma de Ichanga hacia las diversas localidades del valle de Hualfín.

del circuito de circulación interno. Por otra parte, estas entradas son muy estrechas y no permiten el paso de varias personas a la vez, mientras que su multiplicidad otorga a los defensores la posibilidad de elegir entre diferentes puntos de salida.

Se pudo constatar que siempre se utilizaron los materiales disponibles en la propia superficie de los sitios, o a lo sumo, materiales transportados desde las proximidades. También es destacable el hecho de que, a pesar de que por el tipo de emplazamiento de estos sitios ninguno posee fuentes de agua en el espacio intrasitio, tampoco se encuentran lejos de cursos de agua permanentes o manantiales. Incluso, la Loma de Ichanga, que por su emplazamiento pareciera encontrarse en una zona totalmente seca, tiene en sus cercanías una fuente de agua importante donde actualmente funciona un puesto.

Una característica que parece definir al tipo de configuración espacial Belén es la presencia de una estructura cuadrangular relativamente pequeña, de no más de 4 o 5 metros de lado, asociada por un pasillo largo y fino a una estructura mayor, abierta o cerrada, frecuentemente un aterrazado, a modo de patio o antesala. Este tipo de estructura se observó en todos los sitios, y en la Loma de los Antiguos fue posible, a partir del análisis de los contextos de excavación, establecer diferentes funcionalidades para cada recinto: el de pequeñas dimensiones correspondería a un albergue o refugio nocturno donde la gente descansaba, consumía alimentos y se protegía de los frecuentes fríos, siendo la estructura mayor un espacio diurno de actividades múltiples. También es general la combinación de pircas dobles sobreelevadas y pircas simples en terraplén.

Los sitios analizados se hallan circundados por otros aledaños, localizados en zonas más bajas, a distintas alturas. La modalidad de asentamiento en los sectores altos exhibe distintos tamaños de sitios; el Cerro Colorado es el más grande en superficie y cantidad de recintos, y, junto a La Loma de los Antiguos, exhiben los indicios más claros de fortificación. Ambos presentan muros de protección y murallas de circunvalación con puestos de observación. El Cerro Colorado se halla sobre una barranca que, si bien no es muy alta, ofrece como complemento la barrera representada por el río. En el nivel intrasitio, ambos ofrecen una modalidad de circulación complicada, el Cerro Colorado para moverse entre los distintos sectores con alturas diferentes, y la Loma de Los Antiguos, por la relación entre las barreras y los accesos diferenciales a los diversos sectores.

La Loma de Ichanga se presenta como un sitio completamente diferente, tanto por su tamaño, considerablemente menor que los otros, como por el hecho de que no muestra, en apariencia, indicadores de protección defensiva y, a la vez, no tiene una altura considerable. No obstante, su ubicación estratégica proporciona una visibilidad del Valle que complementa la línea de visión de varios sitios. Desde su cima pueden divisarse todas las localidades del valle de Hualfín en todos los rumbos, así como los sitios fortificados de La Toma, Yacoutula, La Ciénaga de Arriba, La Ciénaga de Abajo y Azampay. Asimismo, debe considerarse la posibilidad de protección estacional proporcionada por los cursos de los ríos al pie del sitio.

Las evidencias espaciales detectadas apuntan a la localización y planificación de los sitios en función defensiva. Por otra parte, se debe considerar que la beligerancia no sólo puede ser el producto de enfrentamientos interétnicos, sino también de conflictos internos.

La cultura material no muestra diferencias aparentes entre los grupos Belén (Wynveldt *et al.*, 2007). En tal sentido, parece haber un grado importante de aglutinación que en parte podría provenir de las amenazas de grupos externos; sin embargo, nos preguntamos si esta cuestión era lo suficientemente motivadora como para minimizar los conflictos dentro de la sociedad Belén.

La pregunta acerca de cómo podrían originarse los conflictos nos lleva a considerar que una causa podría estar constituida por cambios ambientales, según se ha comentado *ut supra*. Otra razón podrían ser el crecimiento demográfico y la consiguiente extensión de la población, identificados a través de la aparición de cantidades de sitios dispersos por todo el Valle, ocupando distintas cotas altitudinales. Una crisis climática, sumada al aumento de población, podrían haber causado un agotamiento de recursos, lo cual se puede interpretar a través de la masificación del uso de madera de *Prosopis* detectada en los sitios. En los mismos se han hallado

evidencias de uso intensivo para la fabricación de sostenes de estructuras, en los cuales se nota una falta de mantenimiento, a través de la presencia de galerías provocadas por xilófagos antes de la carbonización de la madera (Valencia *et al.*, 2008).

El estado de beligerancia mencionado para el período en el valle de Hualfín se puede considerar como producto de amenazas externas, probablemente provenientes del altiplano y del oriente, según ha sido descrito por algunos autores (González, 1979; Nielsen, 2002 y 2007; Torres-Rouff *et al.*, 2005; Rothhammer y Santoro, 2001; Núñez *et al.*, 1975; Núñez Regueiro, 1974), y por las localizaciones y estructuraciones defensivas de los sitios, hallazgo de armas en el interior de recintos, y el aprovechamiento de barreras, ya comentados.

No obstante, también se debe tener en cuenta que los conflictos, reales o potenciales, pudieron provenir también de cuestiones internas al funcionamiento de la propia sociedad Belén. Los mismos se pueden inferir a través de las utilidades diferenciales del espacio que exhiben sitios residenciales más concentrados en altura, con espacios de circulación y acceso restringidos y sitios en zonas más bajas, aparentemente dedicados a la producción agrícola y artesanal; obras arquitectónicas, como poblados, terrazas de cultivo, andenes, acequias y estanques, que debieron de implicar que ciertos grupos se encargaran de la dirección y planificación de tareas, mientras que otros debieron de haberse ocupado de la ejecución y mantenimiento de las obras; concentración de la producción agrícola en áreas en las que no se registran instalaciones para su almacenamiento (tal es el caso de Azampay), implicando una redistribución de los productos según la discrecionalidad y/o intereses de ciertos grupos en detrimento de otros.

A juzgar por el tamaño de unas pocas colcas o estructuras de almacenamiento registradas por Sempé (1999) en la Loma de los Antiguos, se puede inferir que la producción agrícola potencial de Azampay no se almacenaba allí. La pregunta, en función de las evidencias, es si la misma se llevaba a los sitios Belén más grandes y más “antiguos” para ser almacenada y distribuida, y si en momentos de la conquista incaica esto se realizaba desde los sitios que exhiben evidencias de dicha ocupación y presentan estructuras de almacenamiento.

El análisis presentado, focalizado en la dimensión espacial, ha mostrado distintos aspectos sociopolíticos de la sociedad Belén, reflejando una construcción del paisaje que privilegia los elementos vinculados con situaciones de conflicto. Se espera en los próximos estudios incorporar progresivamente el análisis de la dimensión espacial de todos los sitios de la región y las dimensiones temporal y social del paisaje, para integrar finalmente la totalidad de los elementos del registro arqueológico en una reconstrucción general del paisaje sociopolítico del valle de Hualfín. ✱

REFERENCIAS**Anschuetz, Kurt, Richard Wilshusen y Cherie Scheick.**2001 "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions", *Journal of Archaeological Research*, Vol. 9, No. 2, pp. 152-197.**Arkush, Elizabeth y Charles Stanish**2005 "Interpreting Conflict in the Ancient Andes: Implications for the Archaeology of Warfare", *Current Anthropology*, Vol. 46, No. 1, pp. 3-28.**Balesta, Bárbara y Nora Zagorodny**1999 "La Loma de los Antiguos (Depto. de Belén, Catamarca)", en *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo III, pp. 277-281**Berry, Brian y Allen Pred**1965 *Central Place Studies: a Bibliography of Theory and Applications*. Philadelphia, Regional Science Research Institute.**Borgstede, Greg y James Mathieu**2007 "Defensibility and Settlement Patterns in the Guatemalan Maya Highlands", *Latin American Antiquity*, Vol. 18, No. 2, pp. 191-211.**Bourdieu, Pierre**1977 *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press**Braudel, Fernand**1972 *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. New York, Harper and Row.**Childe, Gordon**1973 [1951] *La evolución social*. Madrid, Alianza.**Cosgrove, Denis**1984 *Social Formation and Symbolic Landscape*. London, Croom Helm.**Criado, Felipe**1991 "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje", *Boletín de Antropología Americana*, Vol. 24, pp. 5-29.**Elliot, Michelle**2005 "Evaluating Evidence for Warfare and Environmental Stress in Settlement Pattern Data from the Malpaso Valley, Zacatecas, Mexico", *Journal of Anthropological Archaeology*, Vol. 24, pp. 297-315.**Giddens, Anthony**1984 *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge, Polity Press.**González, Alberto**1955 "Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino (nota preliminar)", *Anales de Arqueología y Etnología*, Vol. 11, pp. 7-32.1979 "Dinámica Cultural del N. O. Argentino. Evolución e historia en las culturas del N. O. argentino", *Antiquitas*, Vol. 28-29, pp. 1-15**González, Alberto y George Cowgill**1975 "Cronología arqueológica del valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras", en *Actas del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 383-395.**González, Alberto y José Antonio Pérez**1968 "Una nota sobre etnobotánica del N.O. argentino", en *Actas del 37º Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. II, pp. 209-228.**Hattenhauer, Darryl**1984 "Rhetoric of Architecture: A Semiotic Approach", *Communication Quarterly*, Vol. 32, pp. 71-77.**Hillier, Bill y Jilienne Hanson**1984 *The Social Logic of Space*. Cambridge, Cambridge University Press.**Jackson, John**1984 *Discovering the Vernacular Landscape*. New Haven, Yale University Press.

Kant, Immanuel

1951 [1781] *Critica de la razón pura*. Buenos Aires, El Ateneo.

Keeley, Lawrence

1996 *War Before Civilization*. New York, Oxford University Press.

LeBlanc, Steven

1999 *Prehistoric Warfare in the American Southwest*. Salt Lake City, University of Utah Press.

Morgan, Lewis

1975 [1877] *La sociedad primitiva*. Madrid, Ayuso.

Nielsen, Axel

2002 "Asentamientos, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lipez (Potosi, Bolivia)", *Revista Española de Antropología Americana*, Vol. 32, pp. 179-205.

2007 "Armas significantes: Tramas culturales, Guerra y Cambio Social en el Sur Andino Prehispánico", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, Vol. 12, No. 1, pp. 9-41.

Norton, William

1989 *Explorations in the Understanding of Landscape: A Cultural Geography*. New York, Greenwood Press

Núñez, Lautaro, Vjera Zlatar y Patricio Núñez

1975 "Relaciones prehistóricas entre el NW argentino y norte chileno (Período Cerámico)", en *Serie de Documentos de Trabajo* 6. Grupo de Arqueología y Museos. Depto. de Ciencias Sociales. Antofagasta. Universidad de Chile, pp. 1-24.

Núñez Regueiro, Víctor

1974 "Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste argentino", *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba*, Vol. 5, pp. 169-190.

Patterson, Thomas

1994 "Social Archaeology in Latin America: An Appreciation", *American Antiquity*, Vol. 59, No. 3, pp. 531-537.

Rapoport, Amos

1978 *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.

Roberts, Brian

1996 *Landscapes of Settlement: Prehistory to the Present*. London, Routledge.

Rothhammer, Francisco y Calogero Santoro

2001 "El desarrollo cultural en el Valle de Azapa, extremo norte de Chile y su vinculación con los desplazamientos poblacionales altiplánicos", *Latin American Antiquity*, Vol. 12, No. 1, pp. 59-66.

Sempé, Carlota

1999 "La cultura Belén", en *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo II, pp. 250-258

Sempé, María Carlota y Mercedes Pérez Meroni

1988 "Nuevo fechado para la cultura Belén, Catamarca. Su evaluación", en *Resúmenes de las ponencias del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Buenos Aires, FFyL, UBA.

Smith, Adam

2003 *The Political Landscape*. Los Angeles, University of California Press.

Steward, Julian

1972 *Theory of Culture Change*. Illinois, University of Illinois Press.

Torres-Rouff, Christina, María Costa-Junqueira y Agustín Llagostera

2005 "Violence in Time of Changes: The Late Intermediate Period in San Pedro de Atacama", *Chungara*, Vol. 37, No. 1, pp. 75-83.

Tuan, Yi-Fu y Steven Hoelscher

1977 *Space and Place: The perspective of Experience*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Valencia, Celeste, Nora Zagorodny y Stella Rivera

2008 "Análisis de restos de madera del sitio Campo de Carrizal". Manuscrito sin publicar.

Webster, David

2000 "The Not so Peaceful Civilization: A Review of Maya War", *Journal of World Prehistory*, Vol. 14, pp. 65-118.

■

Wynveldt, Federico

2005 "Análisis espacial de los conjuntos arquitectónicos de la Loma de los Antiguos de Azampay (Depto. de Belén, Catamarca)", en Carlota Sempé, Susana Salceda y Marta Maffia (eds.), *Azampay: Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, pp. 381-411. La Plata, Ediciones Al Margen.

2007 "Funcionalidad y cronología en un sitio del Período de Desarrollos Regionales (Loma de los Antiguos, Depto. de Belén, Prov. de Catamarca)", Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Wynveldt, Federico, Bárbara Balesta y Leandro Fantuzzi

2007 "La dimensión espacial del paisaje en el valle de Hualfín para el Período de Desarrollos Regionales". Manuscrito sin publicar.

Zedeño, María Nieves

2000 "On What People Make of Places. A Behavioral Cartography", en Michael Schiffer (ed.), *Social Theory in Archaeology*. Salt Lake City, University of Utah Press , pp. 97-111.